

CELCIT. Dramática Latinoamericana 252

# PUNTO Y COMA

Estela Golovchenko

PERSONAJES: 4

LA MADRE

EL PADRE

LA HIJA

SANTIAGO

1

(EN EL REFUGIO -LUGAR RECÓNDITO QUE SÓLO SIRVE PARA ESCONDERSE- UNA LUZ MORTECINA DELIMITA EL ESPACIO. EL PADRE ESTÁ SOLO, FUMANDO UN CIGARRILLO)

EL PADRE. (A LA MADRE QUE INGRESA A ESCENA) ¿Todavía no se despertó?

LA MADRE. No. Voy a despertarla...

EL PADRE. (DETENIÉNDOLA) Esperá un poco, es temprano todavía.

LA MADRE. Tenés que irte.

EL PADRE. Ya sé. ¿Y si la dejamos que duerma y cuando se despierte vos le explicás...?

LA MADRE. No. Tenés que despedirte de ella.

EL PADRE. Ella sabe que me voy. Anoche hablamos.

LA MADRE. Le prometiste que te ibas a despedir. Cuando se despierte y no te encuentre aquí, me va a culpar por no haberla despertado. Ya sabés cómo es.

EL PADRE. (LA ABRAZA) Como vos.

LA MADRE. Como vos también.

EL PADRE. Es preciosa.

LA MADRE. Es inteligente.

EL PADRE. Lo mejor que hemos hecho. (PAUSA) Sabés que anoche la miraba mientras dormía y pensaba que alguien como ella, con el carácter que tiene, con lo despabilada que es, va a lograr lo que se proponga. ¿No te parece?

LA MADRE. Tiene todas las condiciones. Lástima que le vino a tocar una época tan difícil.

EL PADRE. No importa. Lo tiene todo adentro. Y lo más importante: le sobra coraje.

LA MADRE. Si bastara con eso.

EL PADRE. ¿Sabés lo que me dijo anoche?

LA MADRE. ¿Qué?

EL PADRE. Que si yo quería, ella se iba conmigo.

LA MADRE. ¿Te dijo eso? Es muy pegada a vos.

EL PADRE. Y yo le dije: ¿y mamá? Y me contestó que vos ibas a entender. Sabe que yo soy el más débil, que sin ustedes no soy nadie.

LA MADRE. Debe haber intuido algo, porque yo lo pensé.

EL PADRE. ¿Qué pensaste?

LA MADRE. Que se fuera con vos.

EL PADRE. No podemos correr ese riesgo.

LA MADRE. No sé qué es lo más arriesgado. Hay veces que creo que lo mejor es hacer todo lo contrario a lo que planeamos. Ellos saben ponerse en nuestro lugar y actúan rápidamente.

EL PADRE. (CON TERNURA) ¿Tenés miedo?

LA MADRE. Claro que sí. Igual que vos y que todo el mundo.

EL PADRE. No parece. Te veo tan tranquila siempre. Nunca perdés la calma.

LA MADRE. No podemos darnos ese lujo.

EL PADRE. Si fuera por mí no me iría. No quiero dejarlas solas.

LA MADRE. Mejor dicho, no querés irte solo.

EL PADRE. No. (PAUSA)

LA MADRE. Ya lo discutimos. No podemos ir con vos. Qué necesidad de arriesgarnos todos juntos.

EL PADRE. No voy a estar tranquilo sin tener noticias.

LA MADRE. Ya veremos la forma de comunicarnos. Hay que esperar un tiempo, hasta que te instales y todo lo demás.

EL PADRE. Si ustedes se fueran...

LA MADRE. Vos estás más comprometido, no podés quedarte.

EL PADRE. Ya sé.

LA MADRE. A nosotras no nos va a pasar nada.

EL PADRE. Las voy a extrañar. (SE ABRAZAN)

LA MADRE. Nosotras también.

EL PADRE. Te quiero.

LA MADRE. Yo también. Cuidate.

EL PADRE. Cuidá a nuestra hijita.

LA MADRE. Con toda el alma.

LA HIJA PEQUEÑA. (ENTRANDO) ¿Papá?

(LA HIJA APARECE DESDE EL FONDO DE LA ESCENA Y SE DETIENE EN LA PENUMBRA. AL VERLA, LOS PADRES DESARMAN EL ABRAZO Y ACUDEN HACIA ELLA. SIN EMBARGO NO ESTABLECEN CONTACTO, SIGUEN HASTA DESAPARECER EN LA OSCURIDAD)

2

(EN EL DESPACHO DEL SENADOR, EN EL PALACIO LEGISLATIVO. LA HIJA ENTRA CON CIERTA DESCONFIANZA. LLEVA UNA MOCHILA AL HOMBRO Y SU ASPECTO DESALIÑADO CONTRASTA CON EL DE SANTIAGO. CUANDO AMBOS INGRESAN, LA LUZ CRECE EN INTENSIDAD)

SANTIAGO. Tu padre no está en este momento pero pasá, por favor. Tomá asiento.

LA HIJA. ¿Va a demorar mucho?

SANTIAGO. No sé. Esas reuniones son terribles. Nunca se sabe cuándo terminan. Pero no te preocupes que ya te anuncié.

LA HIJA. ¿Reunión de qué, tiene?

SANTIAGO. De la Comisión de Hacienda. Es por la ley que presentaron. ¿Estás al

tanto?

LA HIJA. Sí, claro. Y él vota en contra, como siempre.

SANTIAGO. Y sí... A esta altura andar complicando las cosas. Para qué, ¿no?

LA HIJA. (IRÓNICAMENTE) Claro, qué necesidad... (PAUSA INCÓMODA) ¿Vos qué sos? ¿El secretario?

SANTIAGO. No. La secretaria es Lucía. Yo soy algo así como un asistente.

LA HIJA. Ah. ¿Y hace mucho que trabajás con él?

SANTIAGO. Desde que el doctor ocupa este sillón. Ahora estoy trabajando medio horario mientras preparo el próximo examen.

LA HIJA. ¿Estudiás Derecho?

SANTIAGO. Sí. ¿Cómo sabés?

LA HIJA. Me imaginé.

SANTIAGO. ¿Por qué?

LA HIJA. Y... por la pinta. ¿Cómo podés andar de saco y corbata? ¿No tenés calor?

SANTIAGO. No. Es costumbre. Además acá hay que andar como la gente.

LA HIJA. (HACIÉNDOSE LA QUE NO ENTIENDE) ¿Qué gente?

SANTIAGO. Bien vestido, digo.

LA HIJA. Ah.

SANTIAGO. Parece que es la primera vez que venís...

LA HIJA. Sí. (PARA SÍ) Y la última, espero.

SANTIAGO. Qué raro que no hubieras sentido curiosidad por venir. ¿Tu padre nunca te invitó?

LA HIJA. La verdad es que ni una cosa ni la otra.

SANTIAGO. Nunca me voy a olvidar cuando vine la primera vez. Trabajar aquí me parecía un sueño... (SE SIENTA EN EL SILLÓN DEL SENADOR Y LO ACARICIA)

LA HIJA. Se ve que a vos también te gusta el "silloncito"...

SANTIAGO. ¿A vos no?

LA HIJA. ¡Estás loco! Estoy en contra de la clase política.

SANTIAGO. ¿Estás en contra de tu padre, entonces?

LA HIJA. ¡Acertaste!

SANTIAGO. Si lo vieras trabajar como lo veo yo todos los días...

LA HIJA. Cobra su buen sueldito por eso. Y vos, ¿cómo conseguiste este laburo?

SANTIAGO. ¿Eh?

LA HIJA. ¿Lo conocías?

SANTIAGO. ¿A tu padre? Sí. Mi viejo y él son amigos desde hace varios años. Le pidió un trabajito para mí, "para que me vaya haciendo", según sus propias palabras. Tu padre es buen tipo. Siempre está dispuesto a hacerle "gauchadas" a la gente. Bueno, aquí todo es mutuo, te imaginarás.

LA HIJA. (CON IRONÍA) Me imagino. ¿Tenés un cigarro?

SANTIAGO. No. Pero si querés tu padre tiene...

LA HIJA. ¡No! No le vas a ir a pedir...

SANTIAGO. (TOMANDO UN PAQUETE DEL ESCRITORIO) Acá hay. Siempre tiene varias cajillas abiertas. Abre una, la deja por ahí y abre otra.

LA HIJA. Parece que los compra por cantidad.

SANTIAGO. Mejor dicho se los regalan. ¿Ves? Son importados. (LE OFRECE UN CIGARRILLO)

LA HIJA. (PARA SÍ, TOMANDO UNO) Ahá. Se los darán a cambio de "gauchadas".

SANTIAGO. Quedate con el paquete si querés. Ni se va a dar cuenta que le falta.

LA HIJA. (DEJANDO EL PAQUETE COMO SI LE QUEMARA) No, gracias.

SANTIAGO. ¿Querés fuego?

LA HIJA. No. Tengo. (SACA UN ENCENDEDOR Y LO PRENDE)

SANTIAGO. ¿Querés tomar algo? Mirá que aquí hay de todo.

LA HIJA. ¿Demorará mucho?

SANTIAGO. No sé. (ABRIENDO EL BAR) Hay whisky escocés... hay ron... cognac... tequila... Si querés te pido un café.

LA HIJA. Dame un whisky, total...

SANTIAGO. (SACANDO UNA BOTELLA) Tomá tranquila. Esto ya está en el presupuesto. Me dijo tu padre que te atendiera bien. Yo soy el encargado de recibir a las visitas. Como casi todas tienen que esperar...

LA HIJA. Las entreténés con tu charla.

SANTIAGO. A veces ni hablo. Depende. Eso lo aprendí de tu padre, ¿ves? En este oficio hay que tener psicología. (SIRVIENDO) ¿Con hielo?

LA HIJA. No. Así está bien. ¿Vos no te servís?

SANTIAGO. No bebo en horas de trabajo.

LA HIJA. Bueno, vos te lo perdés. (BEBE)

SANTIAGO. (SONRIENDO) Tu padre siempre me dice lo mismo.

LA HIJA. ¿Chupa?

SANTIAGO. (BAJANDO LA VOZ) Últimamente bastante. Pero sobretodo fuma. Eso sí, fuma como un condenado. (SILENCIO)

LA HIJA. ¿Cómo es él?

SANTIAGO. ¿Quién? ¿Tu padre?

LA HIJA. Sí.

SANTIAGO. (SORPRENDIDO) ¿Qué? ¿No lo conocés?

LA HIJA. Hace mucho tiempo que no lo veo. Personalmente, digo. Lo he visto un par de veces en la tele. Pero no estoy con él desde hace años.

SANTIAGO. ¿En serio? No te creo...

LA HIJA. Te juro. ¿Nunca te dijo nada?

SANTIAGO. No. Me dijo que ibas a venir, nada más. Que te atendiera mientras él se desocupaba. Pero la verdad es que no me imaginaba que...

LA HIJA. ¿Cómo es?

SANTIAGO. Es... tranquilo. Nunca levanta la voz. Siempre te escucha con atención. Debe ser de los pocos que te escuchan realmente. A veces me pide opiniones sobre algunas cosas y a mí me da no sé qué... pero las considera. Además tiene buen carácter. Se lleva bien con todo el mundo. Lo respetan mucho aquí. De todos los bandos. Y eso ya es pedir demasiado.

LA HIJA. ¿Alguna vez te habló de mí?

SANTIAGO. Siempre. Desde el primer día que vine.

LA HIJA. (QUEDA POR UN BREVE INSTANTE ENTRE SORPRENDIDA Y HALAGADA)  
¿Qué te dijo?

SANTIAGO. Que tenía una hija de mi edad, más o menos. Pero nunca me dio a entender que estaban distanciados, bueno, que no se trataban. Yo creía que ustedes eran una familia.

LA HIJA. ¿Eso te decía él...?

SANTIAGO. ¿Qué?

LA HIJA. Que éramos una familia.

SANTIAGO. Bueno, nunca fue tan explícito. Pero la forma en que hablaba... de alguna manera lo daba a entender. O yo me imaginé, no sé. (SIN PODER CONVENCERSE TODAVÍA) Ah, pero esto sí que es una novedad...

LA HIJA. ¿Está viejo?

SANTIAGO. Él siempre fue muy jovial. Aunque últimamente lo encuentro decaído, se para frente a la ventana con los brazos cruzados, el cuerpo más encogido que nunca y la mirada esa... como si no mirara o como si mirara para adentro, mejor dicho.

LA HIJA. (SARCÁSTICA) No creo que mire para adentro. No lo soportaría. Si me rogó tanto que viniera, debe sentirse más viejo que nunca. Dicen que los viejos se olvidan lo más reciente, pero lo vivido veinte años atrás se les presenta tan real que ningún detalle se les pasa por alto.

SANTIAGO. ¿Por qué te llamó? Perdoname... si se puede saber.

LA HIJA. No, no, está bien. Me dijo que era por un asunto legal y no sé qué más. Primero lo mandé a cagar, después insistió tanto, me dijo que era importante, que había guita de por medio y, ¿sabés qué?, pensé en mi abuela. Yo vivo con ella desde que... Bueno, la abuela no lo puede ni ver, pero ahora está viejita y por ella acepté venir. Claro que la abuela no sabe nada. Ni se imagina la pobre. Pero no tiene donde caerse muerta y no le vendrían mal unos pesos.

SANTIAGO. ¿Tenés hermanos?

LA HIJA. No.

SANTIAGO. Entonces sos la única heredera. No te podés quejar. Ojalá yo tuviera un padre como el tuyo.

LA HIJA. No sé cómo es tu padre, pero si todavía está con vos, puedo asegurarte que es mejor.

SANTIAGO. Me refiero a la posición económica.

LA HIJA. ¿Tiene mucha guita?

SANTIAGO. ¿El doctor?

LA HIJA. Sí.

SANTIAGO. ¡Puf!

LA HIJA. ¡Qué hijo de puta!

SANTIAGO. ¿Por qué te molesta que sea rico, si vas a heredar todo?

LA HIJA. Quedate tranquilo que yo nunca voy a tocar un mango de él. Es plata sucia, seguramente.

SANTIAGO. ¿Por qué decís eso?

LA HIJA. Porque es un corrupto y un traidor, por eso lo digo.

SANTIAGO. Sos dura con él. Si lo conocieras...

LA HIJA. Lo conozco mucho más que vos. ¿Alguna vez te habló de su pasado?

SANTIAGO. No.

LA HIJA. Me imaginé. ¿No sabés nada de su historia?

SANTIAGO. No. Pero por lo que me decís vos tampoco sabés nada de su presente, ¿o sí?

LA HIJA. Lo poco que sé es suficiente y lo que ignoro no me interesa. (PAUSA) Así que nunca te contó nada de su pasado. Se olvidó completamente de lo que fue. Eso me da un poquito de asco, ¿sabés? ¿Tu padre tampoco te dijo nada? Si son amigos debe saber toda la historia.

SANTIAGO. No. Yo que sé... nunca hablamos de eso.

LA HIJA. ¿Y vos nunca preguntaste?

SANTIAGO. ¿Yo? ¿Qué voy a preguntar?

LA HIJA. Claro, qué te puede importar.

SANTIAGO. Tu padre sí me importa. Es una gran persona.

LA HIJA. Se ve que no lo conocés.

SANTIAGO. Se ve que vos tampoco.

LA HIJA. Lo conozco bien. Por eso preferí no verlo todos estos años.

SANTIAGO. Y ahora, ¿por qué viniste?

3

(EN EL REFUGIO. LA MADRE Y SU HIJA PEQUEÑA SE ENTRETienen EN UN JUEGO COTIDIANO)

LA HIJA. Quiero verlo.



LA MADRE. ¿A quién?

LA HIJA. A papá, ¿a quién más?

LA MADRE. Él está bien, no te preocupes.

LA HIJA. ¿Está solo?

LA MADRE. Tiene amigos que lo acompañan.

LA HIJA. ¿Será feliz?

LA MADRE. Claro que sí. Nos tiene a nosotras.

LA HIJA. Pero si no nos vemos nunca.

LA MADRE. No porque no quiera, si no porque no puede.

LA HIJA. ¿Y por qué no puede venir?

LA MADRE. Porque está escondido.

LA HIJA. (TOMÁNDOLO COMO UN JUEGO) Entonces, ¡vamos a buscarlo!

LA MADRE. No podemos. Nosotras también estamos escondidas.

LA HIJA. ¿De quién?

LA MADRE. (BAJANDO LA VOZ) De lo que están contando.

LA HIJA. (LA IMITA) Vamos a escondernos con papá, entonces.

LA MADRE. Es que si nosotras nos vamos con él, lo vamos a descubrir, y nadie tiene que saber dónde está.

LA HIJA. Igual que Santiago. Se vino a esconder conmigo atrás del árbol y nos descubrieron a los dos. Se hubiera quedado donde estaba. Lo descubrían a él solo y yo después lo libraba. (LA MADRE SONRÍE)

LA MADRE. ¿Quién es Santiago?

LA HIJA. (EN SECRETO) Santiago es mi novio.

LA MADRE. ¿Ah, sí? Santiago... (LA HIJA LE TAPA LA BOCA)

LA HIJA. Es un secreto. No se lo voyas a contar a papá, ni a la abuela, ni a nadie. (LA MADRE NIEGA CON LA CABEZA)

LA HIJA. ¿Me lo prometés?

LA MADRE. (SACANDO LAS MANOS DE LA HIJA DE SU BOCA) Te lo prometo. ¿Desde cuándo es tu novio?

LA HIJA. Yo qué sé. Nunca me lo dijo. Pero yo sé que es mi novio.

LA MADRE. ¿Y por qué sabés?

LA HIJA. Porque siempre quiere jugar conmigo. (PAUSA) ¿Papá es tu novio?

LA MADRE. Sí.

LA HIJA. ¿Lo querés?

LA MADRE. Claro que lo quiero.

LA HIJA. ¿Lo extrañas?

LA MADRE. Muchísimo.

LA HIJA. Yo casi ni me acuerdo de papá.

LA MADRE. Cómo no te vas a acordar. A ver, ¿qué color de ojos tiene?

LA HIJA. Verdes. (EL COLOR DE LOS OJOS DEL ACTOR, SE ENTIENDE)

LA MADRE. ¿Viste que te acordás? ¿Y qué otra cosa?

LA HIJA. Tiene el pelo largo y barba. (HACE UN GESTO) Y me hace cosquillas cuando me besa. (RÍE) ¿Y sabés a qué jugamos?

LA MADRE. ¿A qué?

LA HIJA. A inflar los cachetes y tirarse pedos con la boca. Así. (INFLA LOS CACHETES Y SE LOS APRIETA HACIENDO EL SONIDO CARACTERÍSTICO)

LA MADRE. ¿Y eso? (EMPIEZAN A JUGAR APRETÁNDOSE LOS CACHETES MUTUAMENTE. RÍEN A CARCAJADAS. SE CALMAN Y LUEGO DE UNA PAUSA)

LA HIJA. ¿Quiénes te van a venir a buscar?

LA MADRE. ¿Qué?

LA HIJA. Le dijiste a la abuela que en cualquier momento te podían venir a buscar.

LA MADRE. (DESPUÉS DE UN BREVE PERO INCÓMODO SILENCIO) Es cierto. Los soldados pueden venir a buscarme.

LA HIJA. ¿Para qué?

LA MADRE. Para hacerme unas preguntas.

LA HIJA. ¿Y por qué te tienen que llevar? Que te hagan las preguntas que quieran acá, en la casa.

LA MADRE. No es lo mismo. Tienen que llevarme.

LA HIJA. ¿Por cuánto tiempo?

LA MADRE. No sé.

LA HIJA. ¿Y yo con quién me voy a quedar?

LA MADRE. Con la abuela.

LA HIJA. ¿Y papá cuándo vuelve?

LA MADRE. Cuando todo esto pase, él va a venir.

LA HIJA. ¿A dónde te van a llevar?

LA MADRE. No sé. Prefiero no saber.

LA HIJA. Pero yo sí. Así puedo ir a verte.

LA MADRE. Mejor no.

LA HIJA. ¿Cómo le avisamos a papá?

LA MADRE. Él se va a enterar, no te preocupes.

LA HIJA. Pero vas a volver, ¿verdad?

LA MADRE. Claro que sí.

LA HIJA. ¿Me vas a traer regalos?

LA MADRE. ¿Qué querés que te traiga?

LA HIJA. ¡Una muñeca! Esa que se les cierran los ojos y tienen pelo natural, como el tuyo. (LE ACARICIA EL PELO A LA MADRE)

LA MADRE. Si papá no llega a venir cuando yo me vaya, vos te quedás con la abuela, ¿sabés? Pero no te enojés con papá si no viene. Eso no quiere decir que no te quiera. Él te adora, igual que yo, pero hay veces que no podemos estar con vos.

LA HIJA. ¿Por qué?

LA MADRE. Porque tenemos cosas que hacer.

LA HIJA. ¿Qué cosas?

LA MADRE. Cosas...

LA HIJA. ¿Cosas malas?

LA MADRE. ¿A vos te parece que papá y yo podemos...?

LA HIJA. (INTERRUMPIÉNDOLA) Shhh... Callate.

LA MADRE. ¿Qué?

LA HIJA. Escuchá. Me parece que ahí viene.

LA MADRE. ¿Quién?

LA HIJA. Papá...

4

(EL PADRE ASOMA AL DESPACHO CON CIERTO SIGILO. SIN SER VISTO, OBSERVA A SU HIJA CON EVIDENTE EMOCIÓN CONTENIDA. LUEGO INGRESA DEFINITIVAMENTE)

EL PADRE. Hola...

LA HIJA. (CASI SIN MIRARLO) Hola...

SANTIAGO. (TRATANDO DE ROMPER EL HIELO) ¡Al fin, doctor! Ya no nos quedaba tema de conversación.

EL PADRE. Me demoré un poquito. Lamento haberte hecho esperar.

LA HIJA. No hay problema.

SANTIAGO. No se preocupe. Ya sabe que soy experto en entretener a las visitas.

EL PADRE. (A SANTIAGO, HACIÉNDOLE UN GESTO PARA QUE SE RETIRE) Te voy a pedir que...

SANTIAGO. Por supuesto, doctor. Con permiso. (SALE)

(UNA VEZ QUE SANTIAGO SALE DEL DESPACHO LA INCOMODIDAD ENTRE EL PADRE Y LA HIJA ES NOTORIA, AMBOS SE ESCUDRIÑAN EN LOS MOMENTOS EN QUE EL OTRO ESTÁ DISTRAÍDO, TRATANDO DE DESCUBRIR EN LOS RASGOS, EN LOS GESTOS, EN LAS PALABRAS, EL LAZO QUE LOS UNE. EN ESTE ENFRENTAMIENTO EL PADRE NUNCA PIERDE LA SERENIDAD QUE LO CARACTERIZA. SU ACTITUD ES MÁS BIEN SUMISA. EN EL FONDO QUIERE QUE SU HIJA LO AGREDA, LO DESTROZE, ANIQUILE SU CULPA)

LA HIJA. (CON IRONÍA) Este muchacho sí que va a hacer carrera.

EL PADRE. Tiene condiciones.

LA HIJA. Es un chanta. Se ve que ha hecho escuela al lado tuyo.

EL PADRE. Lo estás prejuzgando.

LA HIJA. No, si ya mostró la hilacha. Charlamos bastante. Me llamó la atención que no supiera mucho de nuestra relación y lo más extraño todavía, no sabía nada de tu vida anterior a ésta.

EL PADRE. ¿Le contaste?

LA HIJA. No. Me llevaría mucho tiempo. Además no creo que le interese. En todo caso tendrías que habérsela contado vos.

EL PADRE. No ando por ahí contándole mi vida a todo el mundo.

LA HIJA. Nunca me había dado cuenta hasta qué punto el silencio funciona como anestesia. Claro, me muevo en otro círculo. Se baja la barrera y a otra cosa mariposa. Ahora entiendo por qué él nunca te va a preguntar nada. No tiene elementos, no tiene contacto con el pasado. Ni siquiera te va a preguntar por curiosidad. Decime la verdad, ¿no te dan ganas de decirle por qué motivo perdiste tantos años de tu vida?

EL PADRE. No quiero que hablemos del pasado. Hay cosas que no podemos cambiar, ya lo sabemos bien los dos.

LA HIJA. Sí, tenés razón.

EL PADRE. Sé que es difícil esta situación, así que te agradezco que vinieras.

LA HIJA. Ningún problema. Soy una persona adulta y sé responder cuando me necesitan.

EL PADRE. No lo había pensado así pero la verdad es que sí, te necesito. Después de todo no tengo a nadie más que a vos.

LA HIJA. Yo soy lo único que no tenés.

EL PADRE. Sos mi hija.

LA HIJA. Biológica. Pero yo no tengo padre. Mejor dicho el padre que recuerdo no coincide con esta persona que está frente a mí en este momento.

EL PADRE. No me conocés.

LA HIJA. Soy la única que te conoce tal cual sos. Conozco tu ausencia, tu espalda, tu silencio. Por eso me revienta cuando hablan bien de vos. Nadie se imagina que detrás de esa apariencia amable y campechana que tenés, hay un hijo de puta.

EL PADRE. Cómo hablás...

LA HIJA. Como aprendí. Vos no estabas para enseñarme.

EL PADRE. Te enseñó alguien lleno de rencor y de odio.

LA HIJA. El odio creció solo, no necesitó que nadie lo alimentara. Además ese alguien que vos decís me salvó la vida. Si no fuera por la abuela seguramente no estaría aquí.

EL PADRE. Ya sé. Eso siempre se lo voy a agradecer. Lástima que te lavó el cerebro.

LA HIJA. ¿Y a vos quién te lo lavó? Porque vos no eras así, según lo que mamá me contaba y lo poco que recuerdo.

EL PADRE. Sigo siendo el mismo.

LA HIJA. Si fueras el mismo no deberías estar aquí, sentado en ese sillón que te duerme el culo y el cerebro.

EL PADRE. Tuve que hacer lo que hice. Era la única forma de volver a sentirme vivo. Y en esto no existen puntos medios, o se está a favor o se está en contra. Y no estaba dispuesto a seguir perdiendo.

LA HIJA. Con gente como vos vamos a perder eternamente.

EL PADRE. A esta altura de mi vida puedo decirte que nada es eterno. No se gana ni se pierde para siempre.

LA HIJA. Pensar que cuando me llamaste la última vez, me elaboré todo un argumento para poder comprenderte, no justificarte, lo que hiciste no tiene justificación. ¿Y sabés que en cierta forma te entendí? Me dije: está bien, el tipo hizo la suya, buscó su propia conveniencia. Después de todo tiene derecho a vivir como se le antoje. Nunca me molestaste, todo bien. Pero que borres la historia, nuestra historia, vos que fuiste protagonista, eso sí que no lo puedo entender. Por eso te digo que vos no coincidís con mi padre, por lo menos con la imagen de padre que yo tengo.

EL PADRE. No hablemos de mí. Bastante tengo yo con mis cosas.

LA HIJA. Tus cosas van muy bien por lo que veo. No se parecen para nada a las mías.

EL PADRE. Por eso te llamé. Sé que están atravesando una situación difícil y...

LA HIJA. Desde que nací estoy atravesando una situación difícil. ¿Y sabés quién es el responsable?

EL PADRE. (ELEVANDO EL TONO POR PRIMERA VEZ) ¡Yo soy el responsable!

(PAUSA) Tenemos que hablar. Vamos a hacerlo con tranquilidad. Es ahora o nunca.

LA HIJA. (EN ADEMÁN DE IRSE) Me parece que no tiene sentido que me quede un minuto más aquí. Es una pérdida de tiempo.

EL PADRE. Quiero darte algo y me gustaría que lo aceptaras. Por favor, por el

padre que fui.

LA HIJA. El que yo conocí no tenía nada más que amor para dar y de yapa reclamaba justicia social. ¿Y ahora quién sos? Un extraño. Un político de cuarta que vota en contra de los intereses por los que una vez arriesgó el pellejo. De ése no quiero nada.

EL PADRE. ¿Hubieras preferido verme muerto?

LA HIJA. Si supieras cuántas veces lo deseé.

5

(EN EL REFUGIO)

LA HIJA. ¿Papá está muerto?

LA MADRE. ¿De dónde sacaste eso?

LA HIJA. Santiago me dijo en la escuela que papá seguramente estaba muerto.

LA MADRE. ¿Quién le dijo ese disparate?

LA HIJA. La madre le dijo.

LA MADRE. Es mentira.

LA HIJA. ¿Y cómo sabemos que está vivo?

(LA MADRE SACA UN PAPEL EN BLANCO Y SIMULA LEER UNA CARTA IMAGINARIA DEL PADRE.)

LA MADRE. Porque nos mandó una carta.

LA HIJA. (INTENTANDO TOMARLA) A ver...

LA MADRE. (PONIÉNDOLA LEJOS DE SU ALCANCE) Yo te la leo.

LA HIJA. Yo quiero leerla. (TRATANDO DE ATRAPARLA)

LA MADRE. No vas a entender la letra. Sabés cómo escribe tu padre cuando está apurado.

LA HIJA. ¿Qué dice?

LA MADRE. Dice: "Querida hijita..."

LA HIJA. ¿Y a vos no te nombra?

LA MADRE. Dejame leer. "Querida hijita y esposa adorada..."

LA HIJA. Adorada es más que querida, no?

LA MADRE. Es lo mismo.

LA HIJA. No, no es lo mismo querer que adorar.

LA MADRE. Bueno, no es lo mismo pero da lo mismo.

LA HIJA. (PARA SÍ) Se ve que a vos te quiere más que a mí.

LA MADRE. Esperá: yo leí mal. Dice: "Querida esposa e hijita adorada..." (SONRISA DE APROBACIÓN DE PARTE DE LA HIJA) "...les escribo esta carta para que sepan que me encuentro muy bien. Tengo que estar un tiempo más aquí todavía pero cuando regrese voy a llevar unos cuantos regalos. Una muñeca de pelo natural y ojos que se cierran y se abren..."

LA HIJA. ¡Para mí!

LA MADRE. "...para mi hijita (SUBRAYÁNDOLO) adorada, a quien extraño mucho y deseo ver pronto." (INTERRUMPE EMOCIONADA)

LA HIJA. ¿No dice más nada?

LA MADRE. No.

LA HIJA. ¿No dice dónde está?

LA MADRE. No

LA HIJA. ¿Por qué?

LA MADRE. Es un secreto. Como el que vos me contaste.

LA HIJA. ¿Cuál?

LA MADRE. (BAJANDO LA VOZ) El de Santiago.

LA HIJA. (LE TAPA LA BOCA) ¡Shhh! No digas nada. Que la abuela no se vaya a enterar. ¿Vamos a escribirle a papá?

LA MADRE. Bueno. (TOMA UNA HOJA Y UNA BIROME. LAS DOS SE DISPONEN A ESCRIBIR) ¿Qué le vas a poner?

LA HIJA. (ESCRIBIENDO) "Querido papá..."

LA MADRE. ¿Querido, nada más?

LA HIJA. (ARRUGANDO LA HOJA) Dame otra. Me equivoqué.

LA MADRE. Ah, no. Así vas a demorar muchísimo. (LE ALCANZA OTRA HOJA) Tomá.

LA HIJA. (ESCRIBIENDO OTRA VEZ) "Adorado papá: ¿cuándo vas a venir? Mamá y yo te estamos esperando..."

(MIENTRAS LA HIJA CONTINÚA ESCRIBIENDO Y MURMURANDO PALABRAS, LA



MADRE LAS DICE EN VOZ ALTA, COMO SI LEYERA SU PROPIA CARTA DIRIGIDA AL PADRE)

LA MADRE: "Te extrañamos mucho. A veces pienso si todo esto vale la pena. Tanto sufrimiento, tanta angustia para que no se vea ningún cambio. No pienses que me siento derrotada. No. Todavía empuño mi fusil de la alegría. Pero en la noches, cuando tengo la mano de nuestra hija aferrada a la mía y escucho su respiración, pienso ¿hasta cuándo? Quiero despertarme y tenerte a mi lado, acariciarte la barba y la sonrisa, quiero salir a la calle como cualquier hija de vecino, mirar el cielo sin pensar en nada, respirar todo el aire, quiero vivir. Cuando decidimos este atajo, sabíamos muy bien lo que nos podía pasar. Ahora que lo vivo en carne propia, en tu carne y en la carne de nuestra hija sobre todo, que es la que me duele más que nada, la impotencia me sacude de un piñazo y siento que voy a desmayarme. Mi único consuelo es pensar que ella nos va a sobrevivir, que se va a encargar de decirle al mundo por qué luchamos..."

6

(EN EL DESPACHO)

SANTIAGO. (ENTRANDO) Perdón, doctor. El Senador Ugalde quiere hablar un momento con usted, dice que es una consulta nada más.

EL PADRE. (A LA HIJA) Vuelvo enseguida. Esperame, por favor. (SALE. LA HIJA TOMA SUS COSAS Y SE DISPONE A SALIR)

SANTIAGO. (SE LE INTERPONE) ¿Qué pasó?

LA HIJA. ¿Qué va a pasar? Es inútil, me voy.

SANTIAGO. (DETENIÉNDOLA) No te vayas. Quedate.

LA HIJA. No vale la pena. No nos entendemos.

SANTIAGO. Esperá. Ya que viniste hasta aquí, ¿por qué no hacés un esfuerzo?

LA HIJA. (DISIMULANDO EL LLANTO) Más esfuerzo del que hice todos estos años para no verlo. Y ahora...

SANTIAGO. Ahora estás aquí. Si supieras cómo te esperó todo el día.

LA HIJA. Yo lo esperé toda la vida.

SANTIAGO. Él te necesita.

LA HIJA. Éste es el momento en que yo lo abandono.

SANTIAGO. Tu padre está enfermo. Lo van a operar el martes. Perdoname que te lo diga de esta manera pero yo también acabo de enterarme. Ugalde me explicó todo recién.

LA HIJA. ¿Quién es Ugalde?

SANTIAGO. Es el escribano que redactó el testamento de tu padre. Se ve que te lo quiere dejar en tus propias manos. Tal vez no soy quién para decírtelo, pero estoy seguro que de él no va a salir nada. Por favor, te pido que hagas un esfuerzo y te quedes a esperarlo.

LA HIJA. Y yo voy a pedirte que no te metas en lo que no te importa.

SANTIAGO. El doctor me importa.

LA HIJA. Pero a mí, no. (INTENTA SALIR)

SANTIAGO. Entonces no te quedes por él. Quedate por vos. ¿Por qué no te das la oportunidad de hablar con él? Tal vez no tengas otra. (LA HIJA SE DETIENE.

SILENCIO)

LA HIJA. ¿Es grave?

SANTIAGO. Cáncer de pulmón.

LA HIJA. ¿Se va a morir?

7

(EN EL REFUGIO. HABLAN EN VOZ BAJA)

EL PADRE. No tengas miedo. No me va a pasar nada.

LA HIJA. Entonces, ¿por qué no te quedás?

EL PADRE. Ya hablamos de eso.

LA HIJA. Yo quiero ir con vos...

EL PADRE. No, mi amor, no podés. Además no vas a dejar sola a mamá, ¿verdad?

LA HIJA. La abuela puede quedarse con mamá.

EL PADRE. No es lo mismo.

LA HIJA. ¿Por qué?

EL PADRE. Porque vos sos la hija y la abuela es la madre. (PAUSA)

LA HIJA. ¿Por qué...?

EL PADRE. (CON SUAVIDAD) ¡Otra vez con el por qué! ¿Por qué qué?

LA HIJA. ¿Por qué cuando los padres se divorcian los hijos siempre se tienen que quedar con las madres?

EL PADRE. Mamá y yo no nos divorciamos.

LA HIJA. Bueno, cuando se separan.

EL PADRE. (CON CIERTA IMPACIENCIA) Escuchame bien: mamá y yo no vamos a separarnos como vos pensás. Nos queremos mucho y te queremos mucho a vos. Es sólo que nos obligan a separarnos por un tiempo. Es por nuestra seguridad, para que no nos pase nada. Sobretudo para que no te pase nada a vos. Pero es por un tiempo nada más, ¿entendés?

LA HIJA. No.

EL PADRE. Bueno, no importa, algún día vas a entender.

LA HIJA. No creo.

EL PADRE. (INSISTIENDO) Nos vamos a mudar. Yo estoy buscando el lugar donde vamos a vivir y después se van ustedes conmigo. Eso es todo.

LA HIJA. Hubieras empezado por ahí.

EL PADRE. Pero vos no digas nada en la escuela porque es un secreto, ¿sabés?

LA HIJA. ¿Un secreto?

EL PADRE. Mejor dicho, una sorpresa. De repente, cuando nadie se imagine... ¡zás!... desaparecemos del barrio como por arte de magia.

LA HIJA. ¿Y dónde aparecemos?

EL PADRE. En otro lugar.

LA HIJA. ¿Dónde?

EL PADRE. Ah. Es otro secreto.

LA HIJA. ¿Y nadie va a saber dónde estamos?

EL PADRE. Nadie.

LA HIJA. ¿La abuela tampoco?

EL PADRE. Tampoco.

LA HIJA. Y ¿por qué?

EL PADRE. (TAJANTE) Porque sí. Y desde ese día no nos vamos a separar nunca más.

LA HIJA. ¿Me lo prometés?

EL PADRE. Te lo prometo. Y ahora acostate que ya es tarde. (LA BESA. LUEGO SE DIRIGE A LA SALIDA)

LA HIJA. Papá...

EL PADRE. ¿Qué?

LA HIJA. ¿Me lees un cuento? (EL PADRE MIRA EL RELOJ)

EL PADRE. Claro, mi amor. (SALE DEL ÁMBITO ILUMINADO Y REGRESA CON UN LIBRO EN LA MANO PARA LA SIGUIENTE ESCENA)

8

(EN CUALQUIER ESPACIO. LA MADRE PUEDE FORMAR PARTE DE ESTA ESCENA)

EL PADRE. Cuando supe que a mamá se la llevaron me maldije mil veces por no haber estado ahí con ella, con ustedes. Faltaban horas para encontrarnos en Buenos Aires como habíamos planeado. Faltaba tan poco. No nos volvimos a ver. Nadie puede saber lo que se siente. Hice todo lo que estaba a mi alcance, pero fue inútil. Llegó un momento en que no pude soportar tanta tristeza. Nunca me sentí un cobarde, en varias oportunidades tuve que tomar decisiones difíciles y arriesgué mi vida muchas veces. Pero la ausencia de mamá me hizo sentir un desgraciado. ¿Sabés lo que es un desgraciado? Usamos mucho esa palabra. La usamos para insultar, la usamos para autocompadecernos, la usamos para tantas cosas que ha perdido el significado. Un desgraciado es un muerto en vida, es alguien que ha sido humillado hasta el cansancio, que ha perdido el rumbo. Tu madre y yo éramos una pareja especial. De esas que hay pocas, ¿entendés? No puedo dejar de pensar que si nos hubiéramos conocido en otra época, si no nos hubiera pasado lo que nos pasó, hubiéramos sido una gran familia, unos padres excelentes. Pero no podemos volver el tiempo atrás.

LA HIJA. La abuela me dijo que la mataron, pero nunca la vimos muerta. Al contrario, siempre andaba por ahí, adentro de la casa, haciendo ruido por todas partes. Pero nunca nos habló. Un día hicimos el juego de la copa en casa con unas amigas. Yo pedí para hablar con mamá y ella apareció, dijo su nombre y nada más. Le preguntamos si podía hablar y no nos contestó. Estuvo ahí todo el

tiempo, viéndonos jugar pero sin decir una palabra. Y cuando sueño con ella también está en silencio. Dice la abuela que cuando los muertos no hablan en los sueños es porque no los hemos dejado morir todavía. Eso dice.

EL PADRE. Nunca dejó de perseguirme. Todavía la veo entreverada entre la gente por la calle, subida en un ómnibus o en un taxi que pasa como un rayo. Cuando me acuesto siento que abre la puerta y se filtra como un ángel, tan hermosa, con el pelo largo y los ojos negros, brillantes. Se acerca despacito y me besa. Siento su respiración y el calor de su boca y sé que no estoy soñando. Me deja señales por todas partes, en todos los rincones de la casa, en todas las esquinas. Hay veces que la siento tan cerca que podría abrazarla. Pero cuando extendiendo los brazos vuelve a desaparecer.

LA HIJA. Tengo todo lo que era suyo. Su ropa, su perfume, sus fotos están por toda la casa. Tengo cajas, cajitas, cajones de recuerdos. Guardé todo lo que se podía guardar: recortes de diarios, cartas, libros censurados, postales, cuerditas, piedras, collares de mostacillas, lápices de labios, prendedores, discos, todo. La casa donde vivo es el museo de la memoria de mamá.

EL PADRE. Me aislé totalmente. Hasta de vos... Me deshice de todo lo que tenía de tu madre. Hasta del anillo de casamiento. Me alejé de todo lo que me vinculara a ella. Sentía rechazo por nuestros amigos, los compañeros de lucha, los ideales que tuvimos. No pude soportar reencontrarme con todo lo que me hacía recordarla.

LA HIJA. La abuela y yo nos encargamos de buscarla. Hasta ahora seguimos buscándola. No vamos a descansar hasta que sepamos dónde está.

EL PADRE. Tuve miedo de odiarte con toda el alma por hacerme acordar a tu madre. Por eso me alejé. La culpa me mató. La misma culpa que me mata ahora que vuelvo a verte.

EL PADRE. (A LA HIJA) ¿Te vas? (SANTIAGO SE DISPONE A SALIR. A SANTIAGO)  
Podés quedarte si querés.

SANTIAGO. No, yo...

EL PADRE. Quedate, por favor. Es mejor para todos. (TOMA UN CIGARRILLO)

SANTIAGO. ¿Va a fumar, doctor?

EL PADRE. Servime un whisky. (PRENDE EL CIGARRILLO)

LA HIJA. (SENTÁNDOSE) Para mí también.

(LA HIJA TOMA OTRO CIGARRO DEL PAQUETE DEL PADRE. SANTIAGO SIRVE PARA  
LOS DOS. DUDA UN INSTANTE Y SE SIRVE UNO PARA ÉL TAMBIÉN. LUEGO SE  
SIENTA. HAY UN MOMENTO DE ABSOLUTO SILENCIO. SANTIAGO TOSE)

EL PADRE. (A LA HIJA, CON TERNURA) Sos igual a tu madre...

LA HIJA. ¿Por qué cambiaste tanto?

EL PADRE. No encontré otra manera de sobrevivir. ¿Y vos?

LA HIJA. Yo encontré la mía.

EL PADRE. Me parece bien. ¿Trabajás?

LA HIJA. Sí. En la panadería.

EL PADRE. ¿Estás contenta con eso?

LA HIJA. Me da lo mismo. Si ni siquiera terminé el liceo. Me tenían podrida con el  
reglamento. Pero igual no pensaba hacer ninguna carrera.

EL PADRE. ¿Y qué te gustaría estudiar?

LA HIJA. No sé. Nunca me lo pregunté. Tuve que salir a trabajar y no me  
preocupé por averiguar qué era lo que me gustaba hacer.

SANTIAGO. Es difícil darse cuenta lo que uno quiere hacer realmente. Mi padre  
siempre quiso que yo fuera abogado pero hay veces que me pongo a pensar y...

LA HIJA. (AL PADRE) ¿Y vos cómo llegaste a este sillón?

EL PADRE. Me fueron a buscar a mi casa. A esa altura yo ya me había peleado con  
todo el mundo. No lo pensé mucho. Necesitaba creer en otra cosa.

LA HIJA. ¿Y creés en esto?

EL PADRE. Claro que sí. No soy tan hipócrita.

LA HIJA. Hasta gomina usás...

(SANTIAGO LARGA UNA CARCAJADA)

LA HIJA. ¿Y vos, de qué te reís?

SANTIAGO. Me río porque yo fui quien le aconsejó que usara gomina, ¿verdad doctor? (A LA HIJA) ¿Tan mal le queda?

LA HIJA. Parece un...

SANTIAGO. ¿Un "cajetilla"?

LA HIJA. No, un "trollo". (SE RÍEN LOS TRES)

LA HIJA. (AL PADRE) En el fondo me das un poco de envidia.

EL PADRE. ¿Envidia?

LA HIJA. Sí. Por la forma en que resolviste la situación.

EL PADRE. ¿Cómo?

LA HIJA. Cortando con todo. En cambio yo miro hacia atrás y me veo peleando en la escuela por lo que decían de mis padres, después en el liceo, sentada en el piso de la dirección haciendo pedazos los cuadernos y aguantando las lágrimas. Cuando se me acercaba un chiquilín porque quería salir conmigo le pedía que me hablara de su árbol genealógico. Pobre de él que tuviera algún milico en la familia, un poco más lo estrangulaba. ¿Sabés que hasta ahora no puedo ver un verde? Un día un milico me preguntó la hora y le dije tanta cosa que me quedó mirando. (EL PADRE RÍE) Te juro, no entendía nada, pobre. Además era un guacho, menor que yo, creo.

EL PADRE. A mí también me costó. Pero el olvido es un ejercicio y termina dando resultado. Cuando pasamos esa barrera, la del olvido, somos todos iguales. Como ahora. Si por un momento nos olvidamos de nuestros rencores, parece que estuviéramos tan cerca.

LA HIJA. Parece...

EL PADRE. Yo también te envidio. Envidio tu rabia.

LA HIJA. Tengo el carácter podrido, no?

EL PADRE. Mejor. La rabia te deja alerta. Eso, más que envidia, me despierta admiración. ¿Tenés... pareja?

LA HIJA. No, soy un desastre. No engancho nada.

EL PADRE. Yo tampoco.

LA HIJA. No he conocido a nadie que me entienda, que entienda lo que me tocó

vivir, que comparta conmigo lo que siento.

EL PADRE. En cambio yo no quiero compartir ciertas cosas con nadie. Las guardo para mí solo...

LA HIJA. Ya me acostumbré a la soledad.

EL PADRE. Yo también.

SANTIAGO. (QUE NO CAPTA EL SENTIDO DE LA CONVERSACIÓN) A mí también me encanta estar solo. Escuchar música, leer...

EL PADRE. (SIN DEJAR DE MIRAR A SU HIJA A LOS OJOS) Nosotros hablamos de otra cosa. (SILENCIO)

LA HIJA. ¿Por qué me hiciste venir?

EL PADRE. Yo sé que tu abuela no está bien, que tuvo que vender la casa y todo eso.

LA HIJA. Así que estás al tanto de todo.

SANTIAGO. Nunca falta alguien que se encarga de pasar los chismes.

LA HIJA. Y de mí ¿qué chismes te trajeron?

EL PADRE. (SONRIENDO) Sé que sos buena persona. Es lo único que me importa.

LA HIJA. Yo nunca dejé que me dieran noticias tuyas. Pero de algo siempre me enteraba.

SANTIAGO. Claro, el doctor es un hombre público.

LA HIJA. Cada cosa que hacía la hacía pensando en qué podías opinar vos.

EL PADRE. ¿En serio?

LA HIJA. Sí, pero hacía totalmente lo contrario.

EL PADRE. A mí, había veces en que se me mezclaban las dos en mi cabeza. Tu madre y vos. Yo siempre dependí de tu madre para todo, hasta para comprar cualquier pavada. Entonces pensaba: ¿qué diría mi hija si me viera con esta corbata?

LA HIJA. Que te queda horrible. (RÍEN) Antes te vestías de otra forma. Me acuerdo de tu barba. Cuando ibas a darme un beso todas las noches antes de dormirme.



10

(EN EL REFUGIO)

LA HIJA. Anoche estuvo papá.

LA MADRE. ¿Dónde?

LA HIJA. Aquí, en casa. Entró a mi cuarto, habló un rato conmigo, me dio un beso... ¡ah! y me leyó un cuento.

LA MADRE. ¿Estás segura? ¿No habrá sido un sueño?

LA HIJA. No. Yo estaba despierta.

LA MADRE. ¿Y se fue?

LA HIJA. Sí. Pero antes le conté un secreto.

LA MADRE. ¿Me lo podés contar?

LA HIJA. Es un secreto de magia.

LA MADRE. Ah.

LA HIJA. Yo sé hacer magia.

LA MADRE. ¿Sí?

LA HIJA. Con mi magia lo hice venir a papá.

LA MADRE. Ah, ¿sí? ¿Cómo hiciste?

LA HIJA. Cerré los ojos bien fuertes hasta ver estrellitas. Hací la prueba, vas a ver. (LA MADRE CIERRA LOS OJOS) ¿Ves estrellitas?

LA MADRE. No.

LA HIJA. Pero tenés que apretar bien fuerte los ojos. ¿Las ves?

LA MADRE. Sí, ahora sí las veo.

LA HIJA. ¿De qué color son?

LA MADRE. Azules.

LA HIJA. No. Tienen que ser anaranjadas. Apretá más fuerte. ¿Las ves? (LA MADRE SIGUE CON LOS OJOS APRETADOS)

LA MADRE. (ASOMBRADA) Sí... las veo... miles de estrellas anaranjadas.

LA HIJA. (SATISFECHA) ¿Viste? Ahora pedí un deseo. Dale.

LA MADRE. ¿Qué pido?

LA HIJA. No sé. Que papá duerma con vos esta noche. (SILENCIO) Dale, decilo.

LA MADRE. Que papá duerma conmigo esta noche.

LA HIJA. Ya está. Ahora tenés que esperar que llegue la noche nomás.

LA MADRE. ¿De dónde sacaste esto?

LA HIJA. Me lo enseñaron.

LA MADRE. ¿Quién te lo enseñó? ¿Papá?

LA HIJA. No. Santiago.

11

(EN EL DESPACHO)

EL PADRE. (A SANTIAGO) Santiago, ¿le llevás estos papeles a Ugalde? Decile que los firme nomás. Mi hija se los va a llevar ahora.

SANTIAGO. Sí, doctor. (TOMA LOS PAPELES Y SALE)

LA HIJA. ¿Cómo lo llamaste?

EL PADRE. ¿A quién?

LA HIJA. A éste. ¿Cómo lo nombraste?

EL PADRE. Santiago.

LA HIJA. Ah, me pareció. ¿Te acordás de Santiago, el que vivía cerca de casa? ¿Te acordás que iba conmigo a la escuela y jugábamos...?

EL PADRE. Es el mismo.

LA HIJA. ¿Quién?

EL PADRE. Es ése Santiago.

LA HIJA. (SORPRENDIDA) ¿El Santiago mío?

EL PADRE. El Santiago tuyo. ¿Ves que es imposible cortar con todo?

LA HIJA. Así que Santiago, quién iba a decir.

EL PADRE. Es buen muchacho.

LA HIJA. Es un ignorante. Mucha pinta, mucho libro, pero le falta boliche. Tiene que ver el mundo todavía. Que vaya a mi barrio, que vea cómo vive la gente, que vea la miseria, ahí se va a dejar de preocupar tanto por la corbata.

EL PADRE. Él está al tanto de todo.

LA HIJA. Lo disimula muy bien.

EL PADRE. No lo expresa como vos y trabaja de otra manera.

LA HIJA. Para mí hay una sola manera de trabajar.

EL PADRE. Yo también pensaba lo mismo. Pero no vamos a discutir eso otra vez.

(ENTRA SANTIAGO CON LOS DOCUMENTOS)

SANTIAGO. Aquí está todo, doctor. Sólo tiene que firmar.

(EL PADRE FIRMA EN SILENCIO VARIAS COPIAS, MIENTRAS SANTIAGO VA ORDENANDO LO PAPELES)

LA HIJA. (A SANTIAGO) Así que sos Santiago...

SANTIAGO. Sí.

LA HIJA. ¿Te acordás de mí?

SANTIAGO. Claro. Recién estuvimos conversando.

LA HIJA. De antes.

SANTIAGO. No. (MIRANDO AL PADRE) ¿Qué? No me digas que nos conocíamos.

LA HIJA. De chicos. De la escuela, ¿no te acordás? Fuimos juntos a primero.

Después me fui con la abuela y no nos vimos más.

SANTIAGO. Ni idea.

LA HIJA. (AL PADRE) ¿Tampoco le dijiste?

EL PADRE. No.

LA HIJA. ¿Yo soy la única que tiene memoria acá?

EL PADRE. Parece que sí.

SANTIAGO. Hace tantos años.

LA HIJA. No se trata de los años, ¿entendés? Se trata de lo que uno quiere recordar...! Y pensar que eras mi novio.

SANTIAGO. ¿Yo?

LA HIJA. Sí, vos, despistado.

SANTIAGO. (AL PADRE) ¿Qué dice?

EL PADRE. Parece que eras el novio de mi hija.

SANTIAGO. ¿Cuándo?

EL PADRE. Cuando tenías ocho años.

SANTIAGO. Qué novio ni novio. Yo nunca tuve novia.

LA HIJA. (CON IRONÍA) Se nota.

SANTIAGO. (AL PADRE) ¿Y a ésta qué le pasa?

EL PADRE. Está ofendida porque no te acordás de ella.

LA HIJA. (AL PADRE) En cambio yo de él me acuerdo perfectamente. Hasta tengo guardado un sacapunta que me regaló.

SANTIAGO. ¿En serio?

LA HIJA. Claro. Si eras un pesado bárbaro. Me seguías a todos lados como un bobeta. Estabas muerto conmigo.

SANTIAGO. ¿Y tenés guardado el sacapunta?

LA HIJA. Claro que lo tengo. Yo tengo todo. Soy un depósito de recuerdos. Pero sabés una cosa, cuando llegue a mi casa tiro todo a la mierda. No sé para qué me sirvieron tantas cosas guardadas.

SANTIAGO. No. No lo tires. Devolvémelo.

LA HIJA. ¿Para qué lo querés?

SANTIAGO. Yo qué sé. Para tener un pedacito de mi historia.

LA HIJA. ¿Y recién ahora te vas a preocupar por tu historia? La historia no se guarda en un cajón, la historia se guarda acá (SE SEÑALA LA CABEZA) y acá. (SEÑALÁNDOSE EL CORAZÓN)

SANTIAGO. (AL PADRE, DESCONCERTADO) ¿Pero qué dice? Si es ella la que me acaba de decir que tiene el sacapunta guardado. Yo nunca guardé nada en mi vida.

LA HIJA. No es necesario que lo digas. Si vos en lo único que pensás es en escribir un manual que diga cómo hacer para ocupar más rápido el "silloncito".

SANTIAGO. (AL PADRE) ¿Por qué se las agarró conmigo? Yo no le hice nada.

EL PADRE. Le hicimos, sí. Algo le hicimos. (SANTIAGO SALE)

EL PADRE. (LE ALCANZA UNA CARPETA A LA HIJA) Esto es tuyo. Y gracias por haber venido.

LA HIJA. ¿Qué es?

EL PADRE. Documentos. A partir de ahora sos la dueña de dos apartamentos, una casa en el balneario y una cuenta bancaria.

LA HIJA. ¿Qué te hace pensar que lo voy a aceptar?

EL PADRE. Porque lo necesitás. Y tu abuela también.

LA HIJA. La abuela no va a querer nada de vos.

EL PADRE. Ya lo hablamos. Estuvimos de acuerdo.

LA HIJA. ¿Con la abuela? ¿Hablaste con la abuela?

EL PADRE. Sí.

LA HIJA. ¿Y aceptó?

EL PADRE. Sí.

LA HIJA. Se nota que se está poniendo vieja. Hace tiempo que me dice que tiene miedo de morirse. Pero no es por que le tenga miedo a la muerte, es porque no quiere dejarme sola en este mundo.

EL PADRE. La entiendo perfectamente.

LA HIJA. (TOMANDO LOS DOCUMENTOS) Y todo esto, ¿cómo lo hiciste?

EL PADRE. Trabajando. No te quepa la menor duda. Eran otros tiempos.

LA HIJA. La corrupción en este país da trabajo.

EL PADRE. Puede ser, pero no es mi caso.

LA HIJA. ¿Y te sentís merecedor de tanto premio?

EL PADRE. La verdad que sí.

LA HIJA. ¿Y qué voy a hacer con todo eso?

EL PADRE. Lo que quieras.

LA HIJA. ¿No me ponés ninguna condición?

EL PADRE. Ninguna. Estoy seguro que le vas a dar un buen destino.

LA HIJA. ¿Aunque no te guste nada lo que haga con tu plata?

EL PADRE. No me importa lo que hagas si es que no lo hacés por despecho o por querer vengarte de mí. Por eso insistí en que vinieras. Quería que me vieras como soy: un pobre viejo.

LA HIJA. ¿Y vos? ¿No vas a necesitar algo?

EL PADRE. Yo tengo buen sueldo, estoy alquilando. Además si necesito plata, no te preocupes, puedo pedirte un préstamo.

LA HIJA. (IRÓNICA) No creo, después de todo sos un Senador de la República.  
(ENTRA SANTIAGO EUFÓRICO)

SANTIAGO. (A LA HIJA) ¡Si te apretás los ojos bien fuerte vas a ver miles de estrellitas...

SANTIAGO Y LA HIJA. ...anaranjadas!

SANTIAGO. Entonces podés pedir un deseo. Seguro que se cumple.

(LA HIJA MIRA A LOS OJOS A SU PADRE. LO VE COMO UN POBRE VIEJO Y LE PRODUCE UNA INFINITA LÁSTIMA. TIENE GANAS DE ABRAZARLO, DE CUIDARLO. SANTIAGO SALE. ELLA GUARDA LOS PAPELES CON UNA SONRISA, SE DIRIGE LENTAMENTE A LA SALIDA, GIRA SOBRE SÍ Y SIN PERDER LA SONRISA LE DICE AL PADRE:)

LA HIJA. Dígame, Senador, ¿va a votar a favor o en contra de la ley?

(EL PADRE SE ACERCA Y LA BESA TIERNAMENTE EN LA MEJILLA. LA HIJA QUEDA INMÓVIL Y ACEPTA EL SALUDO)

12

(EN EL REFUGIO. LA HIJA GIRA SOBRE SÍ Y RECIBE EL BESO DE LA MADRE QUE ESTÁ AGITADA, LLEVA UN BOLSO EN LA MANO Y MIRA HACIA AFUERA CON TEMOR.)

LA HIJA. ¡Mamá! ¿Te vas?

LA MADRE. Sí.

LA HIJA. Pero si no vinieron a buscarte todavía.

LA MADRE. Pero van a venir y no quiero que me encuentren aquí.

LA HIJA. ¿Por qué?

LA MADRE. Por lo que te dije antes, ¿te acordás?

LA HIJA. Lo de la escondida.

LA MADRE. Sí. Y no quiero que te descubran ni a vos ni a la abuela.

LA HIJA. A mí no me importa que me descubran, igual me gusta contar.

LA MADRE. Entonces ponete a contar ahora. Yo me voy a esconder. Pero no me busques. Voy a estar mucho tiempo escondida por ahí. Pero siempre te voy a estar mirando, así que tenés que portarte bien y hacerle caso a la abuela.

¿Entendiste?

LA HIJA. Sí. ¿Y si te descubro?

LA MADRE. Si me descubrís, no digas nada, hacé de cuenta que no me viste. Porque si no voy a tener que contar yo.

LA HIJA. ¿Y qué tiene?

LA MADRE. A mí no me gusta contar.

LA HIJA. ¿A vos te gusta esconderte, como a papá?

LA MADRE. Sí. Dale, dame un beso y ponete a contar.

LA HIJA. ¿Hasta cuánto?

LA MADRE. (LLORANDO) Hasta cincuenta... no, hasta cien.

LA HIJA. Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho... (A LA MADRE QUE AÚN NO SE HA IDO Y LA MIRA PERPLEJA) Mamá, ¿quién más juega a la escondida con nosotros?

LA MADRE. Seguí, seguí contando.

(LA MADRE DESAPARECE. LA HIJA SIGUE CONTANDO AÚN DESPUÉS QUE LA LUZ SE HAYA APAGADO TOTALMENTE Y EN LA OSCURIDAD...)

LA HIJA. Punto y raya, el que se escondió se calla; punto y coma, el que no se escondió se embroma. Mamá, ¿dónde estás? ¿Papá?

FIN

Estela Golovchenko. Correo electrónico: aletse@adinet.com.uy

Todos los derechos reservados

Buenos Aires. 2007

CELCIT. Centro Latinoamericano de Creación e Investigación Teatral

www.celcit.org.ar. e-mail: correo@celcit.org.ar